

LIBROS

Los ejecutivos del poder

"Creo que puede afirmarse que los funcionarios españoles no se sienten primero funcionarios y luego miembros de un cuerpo, sino al revés". Estamos aviados. Porque después de esta afirmación, su autor, Miguel Beltrán, deduce con lógica que entre los funcionarios existe "una perceptible falta de sensibilidad ante la función pública en su conjunto y un alto grado de particularismo, fragmentación y tensión entre los distintos grupos". O sea, que dicho en lenguaje poético, según el maestro Juan de Mairena, hay mucho espíritu de cuerpo entre cada uno de los diferentes cuerpos de funcionarios españoles.

Miguel Beltrán los estudia en un reciente libro editado por Fundación Juan March-Editorial Ariel, "La élite burocrática española". ¿Y quiénes son los miembros de esta élite? Los aquí estudiados corresponden a los llamados "cuerpos superiores", según concepto elaborado por el profesor Alberto Gutiérrez Reñón —"pionero de los estudios sobre la burocracia de nuestro país"—, y que comprenden a aquellos cuerpos para los que se exige titulación universitaria o de Escuela Técnica Superior.

La base de este estudio de Beltrán es la encuesta patrocinada en 1967 por la Escuela Nacional de Administración Pública de Alcalá de Henares. Los encuestados fueron los miembros de esos "cuerpos superiores" ejercientes en Madrid. Y uno de los primeros lugares comunes que destruyó al análisis de los datos fue esa "popular opinión" según la cual la mayoría de los funcionarios proceden casi siempre de las regiones más atrasadas del país. De acuerdo con esta encuesta, esa idea no es válida, al menos para los "cuerpos superiores". Aquí resulta "que en la élite burocrática está sobrerrepresentado todo el interior del país (las dos Castillas, Aragón, Albaceta y León) e infrarrepresentada la periferia". De hecho, es Madrid, como "ciudad hereditariamente burocrática", quien suministra la mayor parte de esa élite. Madrid y la zona central del país dan el 60 por 100 de los funcio-

arios superiores con sólo el 27 por 100 de la población total. Andalucía y Extremadura, con casi la cuarta parte de la población total, no suministran más que un 13 por 100 de los funcionarios estudiados. El resto de España, con la mitad de la población total, tiene sólo una cuarta parte de esos funcionarios como indígenas.

Estos señores, en cuanto que funcionarios de élite, responden a dos notas, dice Beltrán. Por un lado, una profesionalización burocrática, y por otro, una diferenciación burocrática. Es decir, son inamovibles, dentro de lo que cabe, que es poco, gracias a la despolitización. Y forman, por otro lado, un conjunto de grupos, los cuerpos, muy distintos entre sí.

En el estudio de esta élite, formada por los ejecutivos del poder, Beltrán hace una serie de jugosas consideraciones. Por ejemplo, dedica un capítulo a "La mentalidad jurídica administrativa". La fruición especial que la lectura diaria del "BOE" ("Boletín Oficial del Estado") o el manejo del Aranzadi puedan ofrecer es algo que seguramente sólo desde dentro de los cuerpos puede llegarse a catar. De todas maneras, Beltrán considera que no es eso lo que provoca "la rutinización y el anquilosamiento administrativo". A lo más es sólo un factor favorable a esa situación el de ser lector asiduo de estos devocionarios de la juridicidad. Incluso aquí en el libro puede verse que las "superélites" dentro de esa élite son escasamente lectoras de tales publicaciones. Los factores opuestos al cambio, dice el autor, habrán de ser buscados en otros terrenos —sociales, políticos, económicos— que no sean estrictamente el profesional jurídico.

Otro capítulo estudia la religiosidad, generalmente alta; otro, la autosatisfacción, que no es poca... No olvidemos que son

datos de 1967, hace diez años. Lo que por fortuna de entonces acá haya cambiado la Administración española o, por lo menos, la mentalidad de sus funcionarios más importantes es ciertamente algo que sería clave conocer, y el libro de Beltrán es un buen punto de partida para ello. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

De los sexos, la mística y el Mal

Los caminos de la literatura son insondables. Y sus proyectos, múltiples. Muchas veces intenta la literatura el asalto a los conceptos, la supresión de las vías propiamente racionales de comprensión del mundo, y su sustitución infinitamente rica por otras maneras: las de la imagen, las de la representación opaca y al mismo tiempo lúcida y encendida de lo no racional. De lo visual y plástico por un lado, de lo simbólico e indirecto por otro. Esto, llevarlo a la escritura y además reivindicarlo como forma legítima de pensamiento, es lo que hace Leopoldo Azancot en su novela La novia judía (Editorial Planeta, 1977).

La doble historia que cuenta Azancot, avalada por la primera persona del narrador y por las constantes alusiones a toda una tradición no por castigada menos española, es la de un hombre en busca del conocimiento, las raíces y el Bien. Un joven de familia conversa se encontrará en el secreto de los despachos o en la gloria de la corte papal, o en el último rincón de la herejía, junto a los mares de Tierra Santa, con sus raíces hebreas, particularmente con esa corriente hispana y heterodoxa del pensamiento judío que es la kabala. Y para ilumi-



Leopoldo Azancot.

nar su duda y su fe, un relato fantástico y presentado casi como tal, que retrotrae la acción dos siglos más —con lo que precede en pocos días a la caída de Granada en el poder de los Reyes Católicos—. Esta narración que el protagonista recibe mientras el lector casi le olvida —si no fuera por las digresiones constantes del que la cuenta— conculca directamente todos los principios morales de todas las morales en litigio.

La novia judía, esa confusa muerta y rediviva muchacha, a caballo entre el Bien absoluto, la Belleza y el Mal, va a conjurar la muerte y la vida, a justificar transgresiones y fronteras, a contestar plásticamente, desde los terrenos de lo sobrenatural, la gran pregunta que se hacía el peregrino: la existencia del Mal. Y ella, y el que pone en marcha a un tiempo la máquina de la destrucción y la del amor, conseguirán la síntesis perfecta, la disolución de lo dispar, de lo distinto. El andrógino.

En el andrógino —hombre y mujer a un tiempo, algo más que homosexualidad, infinitamente más que asexualidad—, Azancot —que ha confesado haber conocido platonismo y kabala— consigue fundir los contrarios. Y no fundirlos de un modo racional, porque ese es precisamente el problema: que la razón conceptual necesita de la contradicción, de la oposición y la diferencia para existir. Lo consigue por la analogía. Por lo que su personaje llama pensar en imágenes. Que es como escribe Azancot: en imágenes. Imagen es, pues, la muerte de la virgen, su deseo y posterior encarnación en el jardinero —la voz de ella, el cuerpo de él— y la transmutación en otro, infinitamente sabio, que no es ni ella ni el jardinero; imagen es el amor de él por ella, y el amor

